

EL POETA Y LA DIVA

Acto I: Bienvenida.

¡Salve, salve! mujer por mí elegida...
esos tus ojos me mantienen vivo,
por eso, corazón, mientras escribo
esculpo un verso por tu bienvenida.

Porque, mujer, bajo tu frente erguida
estrellas arden si tu néctar libo,
mi pluma es fuego cuando te describo,
mi sangre hierve cuando estás dormida.

Si eres la luz que mis tinieblas baña,
prende fuego quemante allá en tu entraña,
quiero abrasarme entre tus brasas ¡fuego!

...venga la muerte cuantas veces quiera
para darte mi amor que es una hoguera...
¡Que arda, quememe, fulgure y muera luego!

Acto III: El tálamo sombrío

Acompáñame al tálamo ángel mío
para darte la gloria prometida,
quiero verte volar desinhibida
bajo el cielo radiante de mi estío.

Entre sábanas blancas yo te guío
para hacerte vibrar desvanecida;
penetrar en tu espíritu mi vida
y llenarte de amor, es lo que ansío.

Y entre beso y suspiro y otro beso
con las bocas abiertas al deceso
respiremos, los dos, el mismo aliento...

...acompañame al tálamo sombrío
que hace tiempo te espera y está frío,
hazlo tú florecer por un momento.

Acto III: Cuerpos pálidos

Un silencio abismal, nadie se nombra,
hay dos sombras jadeantes en el tálamo,
un tacón de charol huella cual cálamo
al dejarse caer sobre la alfombra.

En su dulce fluidez, el ser se asombra
en su albura de nieve como el álamo...
se desprende del falo el tenue zálamo,
y se funden aun son entre la sombra.

Se acelera el jadeo, estalla el beso,
se interrumpe el silencio en dicha opreso
y se agitan los pulsos de amor cálidos,

todo un gran interior se lanza afuera
todo el flujo eyectado es una hoguera
donde ardidos están dos cuerpos pálidos...

Acto IV: La Partida.

Un bolso de mujer en el perchero,
una carta de amor bajo la almohada,
una cándida diosa desdoblada
y su traje de seda en mi ropero.

Dos copas y una flor sobre el nochero;
en la mesa una luz casi apagada,
y al vaivén del suspiro de la amada
entre quejas de amor se oye un ¡te quiero!

Una luz que atraviesa la ventana
proyecta en la pared la forma humana
en un clímax de amor estremecida,

dos balazos se escuchan desde fuera,
un marido celoso desespera
y dos almas emprenden la partida.

Acto V: Después de la Partida.

Un perchero vacío en la penumbra,
una carta de amor ensangrentada,
un retazo de sábana rasgada,
una diosa volver ya no acostumbra.

Un vacío en la sala se vislumbra...
dos copas con la sed nunca saciada,
una flor en la alfombra deshojada,
en la mesa una lámpara no alumbra.

Y la luz que atraviesa la ventana
no podrá proyectar la forma humana
de dos que entre las sombras se confunden

y cuentan que en la noche silenciosa
ven la sombra de un preso que solloza
y la luz de dos astros que se funden.

Acto VI: Remembranza.

Un vacío profundo el cuarto llena,
un silencio sin fin rasga el oído,
una capa de polvo cubre el nido
donde otrora el amor fue dicha plena.

Olvido de un recuerdo que enajena
en la negra tiniebla está dormido,
la luz en la ventana se ha extinguido...
quedó un halo, no más, de aquella escena.

Amargado en su vida solitaria,
un anciano de barba estrafalaria
con sus ojos vidriosos, vacilantes,

levantóse pesado y macilento,
elevó su mirada al firmamento
buscando en las estrellas dos amantes.

Acto VII: La estrella fugaz

Voy a hurgar en el cosmos, está escrito,
y esculcar sus entrañas palpitantes
para hallar en los astros dos amantes
cuyas almas se funden en un mito.

y si hay que morir, la muerte incito
a que ciegue mis ojos vacilantes,
y libere mi espíritu cuanto antes
para hacerlo volar al infinito.

Y el poeta se queda silencioso...
indagando en el cielo, receloso,
sin hallar en los astros a su diva...

y una estrella fugaz del firmamento
se desprende en aquel mismo momento
navegando sin luz a la deriva.

EPÍLOGO La esclava de mis rastros

En la oscura soledad del cielo
donde el alma del Creador palpita,
una gran constelación se agita
emprendiendo su arrogante vuelo.

De la gran constelación me duelo
y del fuego que en su vientre ignita,
pues la luz que en mi interior dormita
radiará sin el menor recelo...

Es tan grande el luminar que llevo
que la luz de un universo nuevo
impondré en los cocuyescos astros.

Y hoy la gran constelación, que otrora
levantóse de su propia aurora,
es la esclava de mis propios rastros.

Ariello